

## Fray Cipriano en la Villa de Utrera\*

por Salvador de Quinta

El ilustre historiador fray Cipriano de Utrera ha muerto, después de permanecer casi toda una vida lejos de la tierra que le vió nacer. Pero Dios lo ha querido; fray Cipriano estuvo en la patria chica pocas semanas antes de morir.

Como sus paisanos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, se fué de Utrera siendo muy niño. Pero nunca, según palabras suyas, dejó de añorar la casa donde vendió, para comprar castañas pilongas, los primeros cuentos escritos por él.

Manuel Arjona —su nombre y apellido— nació en la calle de Jinetes. Quedó huérfano de madre siendo un chiquillo y marchó a Sevilla. A los dieciséis años ingresó en la Orden Capuchina. Estudió en Granada y recibió el presbiterado en 1908. Partió dos años después hacia la República Dominicana y en ella, salvo breves ausencias, permaneció desde entonces.

En los primeros ocho años que estuvo allí dedicado al magisterio, sintió una gran afición por la literatura. Más tarde, siendo párroco, sus gustos fueron desembocando en una desmedida inclinación hacia la historia. Se entusiasmó con la del país en el que residía

---

\* Este artículo, ilustrado con sendas fotografías, apareció en la edición semanal aérea del ABC de Madrid, correspondiente al 13 de febrero de 1953, bajo el título de *Fray Cipriano de Utrera entre los suyos*.

y, con infatigable tesón, fué sacando a las entrañas de los arcaicos archivos datos y más datos, con la idea de hacer una gigantesca historia de la isla de Santo Domingo.

Durante su vida cosechó muchos lauros. Fué miembro de número de la Academia Dominicana de la Historia, correspondiente de la Real Española, de las de Venezuela, Colombia, Cuba, Nicaragua y otras más. Entre sus numerosas condecoraciones contaba con la Encomienda de Isabel la Católica y la de Comendador de la Orden Heráldica de Colón.

Pero no es mi deseo trazar en esta página la semblanza de tan insigne historiador. Solamente intento relatar sencillamente —la sencillez era una de las cualidades que más resaltaba en fray Cipriano— la visita que el ilustre capuchino hizo a su pueblo, pocos días antes de morir.

Fray Cipriano vino a España alguna que otra vez para beber en los inagotables manantiales que, de la historia de las Indias, guardan celosos nuestros archivos. Siempre, en rápidas visitas, estuvo en Utrera. Pero era tan modesto, temía tanto a la publicidad, que, cuando lo hacía, se hospedaba en la casa humilde de unos parientes lejanos, que aún viven en la calle de la Fuente. Si no es por la noticia de cierta publicación dominicana, los utreranos no hubiéramos sabido quizá, hasta este triste momento, nada sobre el ilustre paisano.

En la ciudad de Rodrigo Caro existe, desde hace algún tiempo, una modesta revista literaria llamada "Cumbres". Ella, lógicamente, debía reflejar este hallazgo y, para ello, escribí al insigne capuchino. Su carta, llena de amor hacia la tierra que le vió nacer, no se hizo esperar. En ella me anunciaba una próxima visita.

Cierto día uno de los familiares me avisó su llegada y en seguida fuí a saludarle. Fray Cipriano me recibió con los brazos abiertos y me dijo:

—No quería morir sin ver antes a la Virgen de Consolación.

Desde entonces ya no dejamos de hablar. Su conversación ame-

na encerraba cierto tonillo zumbón. El acento tenía ese dejillo inconfundible de los sudamericanos; pero, a pesar de pasarse tantísimos años alejado de nosotros, hablaba una de las lenguas que, según Perico Inglaterra —un personaje quinteriano— se habla más en el mundo: el andaluz.

—En Utrera no se sabe nada de su llegada. Creo que el Ayuntamiento desea hacerle un recibimiento oficial. Deberíamos anunciarle...

Me cortó. Era gran enemigo de estas cosas. Entonces le invité a visitar nuestra redacción.

Al día siguiente nos reunimos los componentes de la revista. Fuimos por él y le llevamos con nosotros. Tomamos café y, con el café, esto fué para él una gratísima sorpresa, saboreamos unos suculentos mostachones. En seguida surgió la anécdota.

—Están excelentes. Tan buenos como los que tomaba cuando chiquillo. Sin embargo, hace de esto quince años, poco más o menos, compré unos mostachones al pasar por Utrera. Aquéllos sólo tenían de común con éstos el papel de estraza.

Llevaba razón. Los mostachones, como la vida misma, unas veces están bien y otras mal. ¡Aquella fué mala época para ellos!

Entonces, le contamos la anécdota ocurrida a cierto artista que, al comprarlos en la estación, también por aquella época, se quedó asombrado viendo unos mostachones tan chicos en unos papeles tan grandes. Por ello, se levantó del asiento y gritó al que se los había vendido: “¡Eh, amigo! ¡Que en lugar de mostachones me ha puesto botones de gabardinas!”

En la cara de fray Cipriano se notaba que estaba a gusto en la reunión. Hablamos de la Utrera de ayer, de la de hoy, de sus cosas y...

Salimos a pasear por la ciudad. Visitamos la casa donde nació, entre la admiración de los actuales inquilinos, y continuamos andando...

—Aquí —nos decía— se ha perdido una calle. Esta estaba antes más alta. La plaza...

¡Oh, tiempo, que todo lo cambias!

La noche caía y le acompañamos a su casa. Jadeaba un poco. Le notamos algo fatigado. Sin embargo, al despedirnos, observamos en aquellos ojos, que tantos misterios ocultos habían arrancado a los viejos papeles, un destello de alegría. La alegría de los años niños que se le entró por ellos al pasear por la ciudad que le vió nacer y que no volverá a verle.

Fray Cipriano ha muerto a los setenta y dos años. Pero, pocos días antes, después de tanto tiempo ausente, había vuelto a saborear los diez o doce con los que correteó, saltando y gritando, las calles de Utrera, de la ciudad milenaria a la que él, hijo leal, ha dado honra y fama, llevándola prendida junto a su nombre, desde que ingresó en la Orden Capuchina.